



LA LEY NATURAL

Jaimito López, intrépido adolescente, decide que no está dispuesto a someterse a la ley de la gravitación universal. ¡Qué se habrá creído Newton! Él es libre y ninguna norma será capaz de detenerlo. Así que toma carrerilla, se lanza por la ventana desde el quinto piso y... ¿atenta contra la ley de la gravedad? Desde luego, alguien podría expresarlo de ese modo; pero me temo que atenta, sobre todo, contra su cabeza: la ley de la gravedad permanece inmutable e impertérrita.

En el fondo, el pobre Jaimito, que en paz descansa, desconocía que los hombres no somos libertad en estado puro, sino animales racionales -personas- libres, y que nuestro manual de instrucciones incluye la forma de tratar al propio cuerpo para que no se deteriore. Y si hubiese vivido lo suficiente, habría aprendido, por ejemplo, que no es natural comer todo lo que a uno le apetece y cuando le apetece, porque hay venenos muy

apetecibles, y que tampoco es bueno tomar todo el sol que pide el cuerpo, ni llenarse el hígado de alcohol o respirar nicotina en dosis elevadas.

Nos encontramos, pues, con la aparente paradoja de que el hombre puede, en el ejercicio de su libertad, corromperse, incapacitarse para ser auténticamente libre; y que, igual que somos capaces de espachurrarnos la cabeza o destruirnos el hígado, también podemos reblandecernos la voluntad, corrompernos la inteligencia, desnaturalizarnos la sexualidad, y así sucesivamente.

Ese manual de instrucciones del alma es lo que los filósofos llaman ley natural; un conjunto de normas no escritas en ningún sitio, pero accesibles a todos los que están en su sano juicio. La mayor parte de las exigencias morales que la Iglesia nos enseña son, pura y simplemente, aplicación de esa ley, y tienden, por tanto, a hacernos más humanos, más libres, más fuertes y más felices.

La ley natural existe desde que el hombre es hombre. Define lo que somos: seres racionales, con cuerpo y alma. Expresa -como dice el Catecismo- la dignidad de la persona y determina la base de sus derechos y deberes. Es divina, porque Dios es el autor de nuestra naturaleza, y muestra al hombre el camino que debe seguir para practicar el bien y alcanzar su fin. Es inmutable y permanece a través de las variaciones de la historia. Incluso cuando se llega a renegar de sus principios, no se la puede destruir ni arrancar del corazón del hombre. Resurge siempre en la vida de individuos y sociedades.

Está expuesta, en sus principales preceptos, en el Decálogo, y sus exigencias son, a veces, difíciles de vivir; pero su cumplimiento, al acercarnos a Dios, nos hace más humanos, más recios, más libres. Afecta también a nuestras relaciones con el prójimo. Es más, establece la base moral indispensable para la edificación de la comunidad de los hombres.

Lo natural no coincide con lo espontáneo, con el gusto o con el sentimiento del instante. La naturaleza puede exigir a gritos una inyección intravenosa, una operación quirúrgica o que nos saquen una muela, situaciones que, por regla general, no suelen afrontarse con excesivo entusiasmo.

Al violar la ley natural (y perdón por la insistencia), no solo ofendemos a Dios, sino que nos vamos corrompiendo poco a poco. Y cuanto más grave sea la infracción, tanto mayor será el descalabro que se produzca en nosotros. Basta pensar, por ejemplo, en las consecuencias de la obsesión sexual en la que el mundo occidental parece sumergido desde hace algunas décadas.

Digámoslo claramente: no tiene sentido afirmar que tal o cual enfermedad sea un castigo divino; pero sí viene como anillo al dedo aquel dicho tan conocido: Dios perdona siempre, los hombres, algunas veces, la naturaleza, nunca.

Es cosa admitida por todos que a nada tenemos tanto miedo como a nosotros mismos. El hombre huye de Dios. Pero huye también de sí. Huir de sí es no querer conocer nuestros defectos, nuestro pecado capital, nuestras limitaciones, nuestras marrullerías. Es sentirse intocable. Es irritarse cuando nos dicen la verdad. Es empeñarse en vivir alegremente, al margen del problema que llevamos cada uno con nosotros

DE AQUÍ PARA ALLÁ

Claudio Béguinot (1736 -1794) nace en Langres (Francia). Profesa como monje en la Cartuja de Bourfontaine en 1760 y, posteriormente, se ordena sacerdote. Cuando es suprimido su monasterio, se refugia como huésped en la Cartuja de Saint-Pierre de-Quevilly junto a Ruan. En 1791 es dispersada la comunidad y Claudio pasa a una casa particular en la que es arrestado en abril de 1793 por negarse a prestar el juramento constitucional. El 6-3-1794 es deportado a Rochefort e instalado en el barco Les Deux Associés. Allí realizó una gran labor como sostén de los otros presos a los que prestaba toda clase de consuelos humanos y espirituales. Falleció de enfermedad y miseria y fue enterrado en la isla de Aix. Beatificado en 1995.

EN LA MUERTE DE UN SER QUERIDO

He leído unas pequeñas ayudas «para superar la muerte de un ser querido». Las comparto con vosotros.

1. Permítete el dolor. No somos mejores por evitar el dolor. Llorar a solas o en compañía.

2. Cuéntale a alguien cercano qué te duele. Si te es más fácil, escribe en tu intimidad cómo te sientes: molesto, enfadado con el mundo, con Dios, con...

3. Ponle nombre a tu dolor. Trata de especificar por qué te duele tanto la despedida: ¿Qué planes tenías?, ¿qué has dejado...?

4. No te mortifiques con las «preguntas sin respuestas» del tipo: ¿por qué así? ¿por qué ahora...?

5. Reconoce todo lo bueno que hay en ti gracias al paso de esa persona por tu vida.

6. Acepta la realidad y piensa que una muerte es sólo un «hasta luego».

7. Haz las paces con quien se fue. Pídele perdón o dáse-lo.

8. Si las fotos y los recuerdos físicos te provocan más dolor, guárdalos lejos. Ahora su presencia no es física.

9. Confía en Dios y en que esta despedida responde a un plan que nos es difícil comprender.

10. Date tiempo e intenta ser feliz. Al difunto él le gustará verte así desde donde está.

¿QUÉ SON LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS?

Estos evangelios constituyen un gran bloque de literatura. Con frecuencia, los evangelios son pseudónimos y llevan el nombre de personajes famosos de la Iglesia primitiva (apóstoles, María, Nicodemo); otras veces, el título se refiere al contenido de la obra (evangelio de la Verdad) o a su origen (evangelios atribuidos a Marción, a Cerinto). Estos evangelios pertenecen a distintas categorías. Algunos son marcadamente teológicos... Un tema favorito de los evangelios gnósticos es una desconocida aparición de Jesús resucitado a algún personaje famoso de la Iglesia, normalmente un apóstol, a través del cual Jesús revela un camino secreto de perfección. Por regla general, la revelación tiene poca semejanza con el pensamiento de Jesús que nos presentan los evangelios canónicos y es claramente una creación de los círculos gnósticos del s. II d. C. (o posteriores).

Si pasamos a otros evangelios menos teológicos o menos tendenciosos en su doctrina, vemos que algunos fueron escritos para responder a la curiosidad popular por los detalles ignorados de la vida de Jesús. Aunque parte de esta literatura puede ser muy antigua, podemos decir casi sin excepción que tales intentos de llenar los huecos de la vida de Jesús no conservan verdaderos recuerdos históricos.

La vida es una serie de encuentros. A su tiempo, se encuentra uno con el amor, con la amistad, con el vicio, con el dolor. Un día nos encontraremos con la muerte. Hay, entre estos encuentros, uno que es decisivo para todos. El encuentro consigo mismo. Si este encuentro es sincero y leal, el que se encuentre a sí mismo marchará bien por la vida.

CON PAN Y VINO SE ANDA EL CAMINO

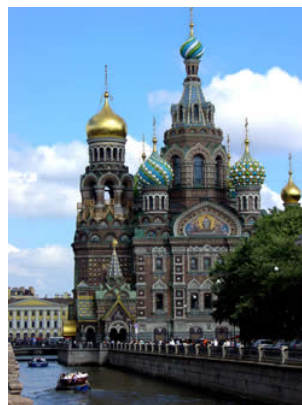
Bien acierta este refrán. Si yo fuera un «probe das portas», como decían en el Reino de Galicia, unos mendrugos de pan, regados mesuradamente con vino del Ribeiro o parecidos caldos, me bastarían para seguir gastando suelas. ¿Por qué?

Porque, hablando del pan, qué cosa, ¿eh?, es el único alimento que no cansa; olla cada día, a un santo cansaría; y siempre gallina amarga la cocina, que está comprobado que a la larga hasta lo dulce amarga. Menos el pan. Y, además de no cansar comiéndolo a diario, basta él no sólo para tapar males (los duelos, con pan, son menos), ni sólo para matar el hambre, o séase, el desconsuelo del estómago (tanto pan como un pulgar torna al alma a su lugar), sino que es alimento para dar sustentación. Que no nos falte el pan, ¡y que no nos lo encarezcan! El pan, barato, aunque reine Poncio Piloto.

Y, siguiendo por el vino (¡bendito sea Noé, que plantó las viñas!), los que nunca han sido viejos no saben, como yo, que un vasito de lo añejo da vida al viejo. Con tiento, eso es, sin abusar y en medida de discretos, el vino hace corto el camino, «fuersa que te da, sólo oler», que decía la casera vascongada.

Pues juntemos el vino y el pan. En mi tierra decimos: agua y pan, comida de can, pan y vino, comida de peregrino. Y ¿qué somos todos, más que peregrinos en este valle de lágrimas? Qué buena invención del Señor, cuando se le ocurrió lo del pan y el vino de la Eucaristía, que dan vida al viejo, y al niño, y al mozo: «El que me come vivirá por mí», decía él. Comida que es «viático», tentempié para sostener al que tiene hambre y se cansa de seguir. ¡El cuerpo y la sangre de todo un Dios! Fiesta de Corpus, en su mes y siempre. Adoración Nocturna que ojalá volviera a nuestro pueblo. Visitar al Santísimo sin muchos protocolos. ¿Hacemos caudal de todo eso?

Así, entre todos, sostendremos la casa, que pan de trigo y vino de parra sostienen la casa, la casa de Dios, entiéndase, que está un si es, no es, resquebrajada. Nos llamaba así el glorioso san Pablo, que... hasta recomendaba un poco de vino como medicina. ¡Por algo sería!



Sancho Segundo (Refranes para el Espíritu)

El humilde conocimiento de ti mismo es más seguro camino para ir a Dios que escudriñar las profundidades de la ciencia. (Kempis)